

Ideología y compromiso en Jorge Guillén: la poesía de un emigrante exiliado

Francisco Javier Díez de Revenga
Universidad de Murcia

En la primera entrega (*Maremagnum*) del libro *Clamor*, de Jorge Guillén, podemos leer el interesante poema «Dafne a medias», escrito en su primera versión en Ronchi, el 24 de julio de 1954, y subtítulo «Un miserable náufrago». Se trata de un característico poema de exilio, porque el autor se refugia en el pasado para sobreponerse a la pesadilla de la emigración obligada. Tal circunstancia se desarrolla en muchos textos de *Clamor*, en busca de una personal superación de la realidad adversa. Esto supone, desde el principio, una posición ideológica clara, pero convertida en poesía, en clamor:

Se aleja el Continente con bruma hacia más brumas,
Y es ya rincón y ruina, derrumbe repetido,
Rumores de cadenas chirriando entre lodos.
Adiós, adiós, Europa, te me vas de mi alma,
De mi cuerpo cansado, de mi chaqueta vieja.
El vapor se fue a pique bajo un mar implacable.
A la vez que las ratas hui de la derrota.
Entre las maravillas del pretérito ilustre
Perdéis ese futuro sin vosotros futuro,
Gentes de tanta Historia que ya se os escapa
De vuestras manos torpes, ateridas, inútiles.
Yo no quiero anularme soñando en un vacío
Que llenen las nostalgias. Ay, sálvese el que pueda

Cómo citar: Díez de Revenga, Francisco Javier. 2024. «Ideología y compromiso en Jorge Guillén: la poesía de un emigrante exiliado». En «*Si mi pluma valiera tu pistola*»: *agitación y propaganda en la poesía española contemporánea*, editado por Luis Bagué Quílez, 15-30. Madrid: Ediciones Complutense. <https://dx.doi.org/10.5209/est.00702>

Contra el destino. Gracias, orilla salvadora
 Que me acoges, me secas, me vistes y me nutres.
 En hombros me levantas, nuevo mundo inocente,
 Para dejarme arriba. Y si tuya es la cúspide,
 Con tu gloria de estío quisiera confundirme,
 Y sin pasado exánime participar del bosque,
 Ser tronco y rama y flor de un laurel arraigado.
 América, mi savia: ¿nunca llegaré a ser?
 Apresúrame, please, esta metamorfosis.
 Mis cabellos remueven con susurros de hojas.
 Mi brazo vegetal concluye en mano humana (1993b: 54).

La relación de *Cántico* con el resto de la obra poética de Jorge Guillén es muy reveladora del concepto global de la poesía del autor, a pesar de las notas singulares que indudablemente definen su primer libro. Y así hay que dejar claro, como quiso el propio Jorge Guillén (1965: 15), que «ya en *Cántico* se insinúa *Clamor*». Pero tan solo se insinúa. *Cántico* trata de la búsqueda de valores satisfactorios por parte del hombre, en medio de un mundo limitado por el tiempo. Si bien, como siempre se ha señalado, el autor exalta jubilosamente el mundo natural, también hallamos la angustia por el sufrimiento y la muerte. Una inauténtica valoración de *Cántico* sería aquella que atribuyera al libro vacilaciones e inseguridades a la hora de plantear sus motivos básicos, porque si, junto a los valores esenciales, advirtiéramos preocupaciones existenciales o de denuncia, estaríamos delatando la falta de compacidad de una obra cuyo máximo valor reside precisamente en el rigor de su unidad: perfección formal, lenguaje exacto, construcción cuidadísima, elogio del mundo, pero presencia del hombre en él, con iniciales referencias a las crisis que se producen en nuestro tiempo desde una perspectiva individual o colectiva.

El propio Jorge Guillén, académico y profesor de literatura, fue, sin embargo, quien más insistió, en *El argumento de la obra* (1969), en destacar los aspectos negativos de *Cántico*. En estas fechas, cuando está dando a conocer la poesía de *Clamor*, en sus tres entregas, Guillén tiene interés, sobre todo, en conectar su primer libro con los restantes de *Aire nuestro*, que empiezan también a conocerse entonces. Y, por ello, dos de las cuatro partes de *El argumento de la obra* estarán dedicadas a definir los elementos negativos presentes en *Cántico*. De esta forma, todo el breve capítulo tercero está destinado a demostrar al lector la presencia de los siguientes elementos de nuestra vida contemporánea que la hacen ingrata, frente al mundo esplendoroso y perfecto de

Cántico: crisis, ruidos hostiles, peleas, ruidos de animales, ruidos enigmáticos, ruidos demoníacos; presencia del azar como fuerza perturbadora de la paz y la perfección del hombre, relación entre el azar y la muerte, azar sin sentido, azar sin suerte, dominio del azar, azar indómito, azar anticreador, necesidad de luchar contra el azar y dominarlo; caos, barullo, batahola, desorden físico, caos niebla, caos ciudad, caos muchedumbre, caos confusión, desorden social, peligros de la tierra, conflictos de la historia, elementos demoníacos; dolor, llanto, angustia, dolor compartido, resistencia al dolor, voluntad contra el dolor; tiempos, tiempo pasado (historia), tiempo presente fluyente, tiempo futuro: mañana incierto, tiempo en jardines, tiempo al tiempo; y un largo apartado final dedicado a la muerte, en sus distintas manifestaciones: muerte a lo lejos, camposantos, muerte esperada, muerte detenida, etc.

En *Cántico*, en efecto, están también las guerras, el crimen y la muchedumbre. En «Cara a cara» aparecen los enemigos del hombre, que se agolpan contra él con sus sonidos y su brusquedad. Con la presencia del error, el lenguaje se endurece para convertirse en «clamor». En este poema final de *Cántico*, la Historia acude a los versos como decurso de sucesos que en este momento envuelven al poeta, aunque él se mantiene firme ante los desajustes y el descontrol, porque lo que hallamos en definitiva es el enfrentamiento con la realidad «cara a cara» (Guillén, 1993a: 518-527).

Un poema más concreto, menos programático, es «Estación del Norte» (1993a: 372), visión de nuestro mundo muy en la senda de *Cántico*, aunque emparentada asimismo con otros textos posteriores. La estación es el símbolo de la reunión de vidas, pero también de la confusión del mundo contemporáneo, a través de la brutal barahúnda de la muchedumbre, a través del sufrimiento y la agonía que se advierten en los rostros de los pasajeros. Este contexto se hace presente en la emigración, en una época de pobreza, hambre y pertinaz sequía; en una época, en fin, de dictadura. Comparecen así en *Cántico* la Historia y, en cierto modo, una personal y muy guilleniana interpretación de la poesía social.

Uno de los últimos poemas que Guillén escribió para *Cántico* es «Luz natal» (1993a: 342-354), terminado en 1949. Estamos ante una contemplación ideológica del paisaje de Castilla, iluminado por una particular «luz». Hallamos una meditación sobre el espacio de España y sobre Castilla como concepto, como lengua, como historia, aunque sea una historia de cataclismos e injusticias que el poeta denuncia sin reparos. También se enmarca en este ámbito «Noche del caballero» (1993a: 424-433), escrito entre 1947 y 1949. Se trata de un poema cervantino que recupera el episodio de los batanes del *Quijote* (I, XX), representación definitiva de nuestro mundo con su hostilidad, su

negación, sus oscuros presagios... ante los que triunfa el caballero con su honradez y valentía, cuando con la mañana todo lo aclara la luz en una bella estampa de *locus amoenus* renacentista, emblema de la indeclinable esperanza de Jorge Guillén: «Un aire amante abarca la espesura. / De aquel oreo por el verde surge / Seguridad de territorio amigo».

La ciudad contemporánea es, asimismo, una protagonista de *Cántico*. Hay en el libro una ciudad amable y acogedora, en la que el poeta se reconcilia con el mundo: así se aprecia en decenas de poemas tan representativos como «Panorama» (1993a: 246), «Presencia de la luz» (1993a: 245) o «Amanece, amaneczo» (1993a: 266), prototipo de la ciudad grata, habitación del primer mundo poético guilleniano. Pero en las últimas ediciones de *Cántico*, en consonancia con lo que luego será la ciudad habitual de *Aire nuestro*, a partir de *Clamor*, surge la metrópoli negativa. «Los balcones de Oriente» (1993a: 333-336) aparece en el tercer *Cántico*, y es de nuevo una sugerencia cervantina la que irónicamente sirve para recrear el amanecer de una ciudad o de un suburbio obrero, envuelto en la bruma y el humo de las fábricas; un amanecer en el que el sol no logra abrirse paso y en el que una taberna madrugadora y unos muros con anuncios descoloridos son los únicos elementos que «animan» esta negativa visión de la ciudad: «Anuncios. A los carteles / Aquí, por el barrio, se les / Destiñe el color: olvido / Ya dulcemente llovido / Sobre Ayer». Más interesante aún es «Las cuatro calles» (1993a: 413-417), imagen del Madrid de los años cuarenta situada en la plazuela de Canalejas, en la que confluyen, en efecto, cuatro calles. El poema, de 1948-1949, recoge la que ya debía de ser una desagradable algarabía urbana: bullicio, confusión, desorden, coches, negocios, accidentes y dictadura. «Las vistosas apariencias contrastan con su fondo dictatorial», escribe Guillén en *El argumento de la obra* (1969: 37). La ciudad contemporánea es, en definitiva, un símbolo para denunciar, ya en los versos de *Cántico*, las injusticias del mundo actual.

Las críticas tempranas a raíz de la publicación de la primera entrega de *Clamor* se refirieron a la continuidad del mundo poético de su autor, sin que se advirtiera la temida renuncia de Guillén a su propio temperamento para integrarse en territorios más comprometidos. Afortunadamente, la realidad fue muy otra: al aparecer *Maremágnum*, a pesar de la existencia de visibles elementos negativos, estos se armonizan en una renovada consideración de la realidad. Se observa, desde luego, el resultado de una lógica evolución desde el universo último de *Cántico*, cada vez, como sabemos, más comprometido con lo cotidiano y lo pasajero.

Es evidente que la realidad poetizada no es tan perfecta como la de *Cántico*, pero la sublimación de lo cotidiano se encarga de recuperar actitudes del primer libro, al tiempo que el sujeto manifiesta nuevas visiones líricas que afectan al ser humano y al poeta. El esplendor y la plenitud siguen existiendo. Sin embargo, la vida ha sido sometida a una serie de fuerzas negativas que han irrumpido con su poder imparable en nuestro vivir. El poeta protesta frente a ellas, las denuncia y deja testimonio en sus versos de una constelación de aspectos negativos: confusión, desorden e injusticia; guerras y hambre; persecuciones políticas, sociales y raciales; terror atómico. Pero eso no significa que la belleza haya desaparecido de nuestro mundo, ni que, como consecuencia de ello, Guillén no escriba ahora sino una poesía de angustia y desesperanza.

En conversación con el hispanista francés Claude Couffon, el propio Guillén, en 1963, revelaba la clave de su nuevo libro, parte de una obra completa mucho más amplia y en ningún momento desconectada de *Cántico*:

He emprendido un nuevo libro, *Clamor*, cuyas proporciones serán análogas a las de *Cántico*. En este último libro ya había yo aludido a ciertas fuerzas que considero negativas para el estado de plenitud en la vida. Se trata del mal, del desorden, del azar, del paso destructor del tiempo, de la muerte. En *Clamor* quisiera desarrollar estos temas, pero no ya de una forma general, como en *Cántico*, sino de una manera concreta, vinculada a la vida contemporánea y a la historia. Esto no implica por mi parte un cambio de actitud, sino sencillamente que ha llegado para mí el momento de evocar estas fuerzas. *Clamor* será, por consiguiente, el complemento de *Cántico* (en Couffon, 1963: 72).

Por ello, consideramos que la obra de Jorge Guillén, a la luz de estas observaciones, requiere una lectura actual que manifieste no solo lo que fue *Cántico* (tan importante para la lírica española del siglo xx), sino también el significado de las restantes aportaciones de Guillén, muy representativas de su enfrentamiento con la realidad; de eso a lo que los críticos suelen denominar «nuestro mundo», frente al mundo general e inconcreto de *Cántico*. Jorge Guillén es siempre el poeta del mundo, de ese mundo que está bien hecho en *Cántico*, pero que, a partir de *Clamor* —e incluso en algunos de los poemas últimos de *Cántico*—, se presenta bajo el dominio de ciertos enemigos a los que hay que desenmascarar.

El mundo del «pleno ser», el espacio universal —siempre patente, brillante, cenital— se convierte, paulatinamente, en el mundo diario en el que se inserta

la experiencia de los lectores. La noción de espacio-mundo se concreta en un tiempo preciso: nuestro tiempo. En *Clamor*, el poeta inicia ese análisis lúcido que lo definirá como poeta del presente concreto. El posesivo *nuestro* adquiere un valor de tiempo y de historia. En «El acorde» (1993b: 9-13), primer poema de *Clamor*, comparece *nuestro vivir*. Y *Aire nuestro* será el título definitivo de toda la obra de Jorge Guillén.

El subtítulo «Tiempo de historia» —que acompaña a *Clamor*— alude a algo más que a nuestra propia existencia. Tiempo, vida, historia. La respuesta, tan fuera del espíritu de *Cántico*, la dará el mismo poeta en 1963 al afirmar que la nueva obra se preocupa del «suceder del tiempo, no tanto en su desarrollo histórico como en su desenvolvimiento general. Es el melancólico tiempo que pasa, y, como siempre, el curso temporal con su carga de recuerdos del pasado va hacia un futuro que acaba individualmente en la muerte» (en Couffon, 1963: 73).

El interés de esta poesía menos «guilleniana» —si nos empeñamos en designar con ese adjetivo a aquella lírica de *Cántico* en la que Guillén partía de la poesía pura hacia una personal y muy peculiar contemplación del mundo— se incrementa a la hora de valorar, desde *Clamor* hasta *Final*, el sentido ético y humanístico de una escritura que analiza al ser humano y compromete al lector —al interlocutor, como lo llamará Guillén en alguna ocasión— en ese análisis del mundo contemporáneo, con sus dificultades, sus bajezas y su inexplicable caos, que muchas veces no está sujeto al albedrío de la mayoría de humanos y depende solo de unos pocos: de aquellos que constituyen la autoridad o detentan el poder.

Todo el ciclo de *Clamor* está protagonizado no solo por el hombre contemporáneo, sino también, en la línea del pensamiento expresado por Guillén, por el «animal humano», con sus pequeños placeres y sus angustias, aunque estas últimas amortiguadas por una férrea esperanza y un valiente vitalismo que acompañaron al poeta hasta su poesía de senectud. Se aprecia en estos libros la presencia de cierto tono social y comprometido, muy acorde con las corrientes intelectuales de finales de los cincuenta y primeros sesenta, aunque esa evolución haya sido también muy discutida por un sector de la crítica, que defiende la unidad del universo guilleniano. En todo caso, el verdadero protagonista de este ciclo no es otro que el ser humano en convivencia con los demás: el hombre en sociedad, que no reivindica socialmente sus derechos, sino que defiende ante todo la vida (Díez de Revenga, 1993: 50-51). *Clamor* lamenta la pérdida de unos valores éticos que el hombre genera en convivencia. Por ello, en *Clamor* hallamos siempre al protagonista rodeado de otros,

observándolos y sintiéndose observado por ellos. Con todo, también está presente la naturaleza: la belleza de entornos paisajísticos que al poeta le recuerdan que el mundo sigue estando bien hecho, aunque el hombre lo transforme y, a veces, lo estropee.

Clamor se abre con un poema introductorio, anterior al comienzo del primer libro (*Maremágnum*). Lleva esta composición un título muy del Guillén de *Cántico*, «El acorde», y como los poemas del aquel libro está construido con una gran precisión lingüística y un justo dominio de la palabra. Reaparecen aquí los elementos ya consolidados en el arte de Jorge Guillén, aunque el ambiente es muy distinto. Se dice en el primer verso que «La mañana ha cumplido su promesa» (1993b: 9), y se concibe una sensación de plenitud, de día ya conseguido. Pero no hay quietud. Nuestro mundo irrumpe en el acorde con celeridad mediante los ruidos y los objetos cotidianos. Es el comienzo del «tiempo de historia», aunque en este acorde aún haya poco movimiento. No se ha entrado en la materia de *Maremágnum*, pero en las tres estancias del poema se irán incorporando los asuntos de los tres libros que integran *Clamor*. Comienzan a aparecer el dolor y la agitación, lo nostálgico y lo elegíaco. La presencia de matices negativos condiciona el sentido del texto, que se inscribe en un ambiente de desolación. Los elementos adversos acechan al sujeto: arena cegadora, ceño del odio, azufre vil, turbas, sombra, grises cenizas, venenoso, culpable, pérfida manzana... No obstante, la tercera estancia supone la devolución de la esperanza y el triunfo del acorde.

Maremágnum se inicia con el día, y uno de sus primeros poemas recoge la sensación auroral del mundo-amanecer. «Tren con sol naciente» es una nueva versión del alba en la que el entorno se nos ofrece como espacio de convivencia: «El mundo es un vagón» (1993b: 24), se dice en el poema. También importan los sonidos y los pasajeros, que participan en una suerte de danza de la muerte («¡Cuánto vario pelaje [...]!») evocada desde una meditación distanciada: «Maremágnum veloz como un estruendo / De tren».

Fundamental en *Maremágnum* es el tema de la guerra. La composición «Guerra en la paz» (1993b: 154-160) define con claridad la posición del poeta ante un horror que se percibe como amenaza. Situado en la época de la guerra fría, sus cuatro estancias, construidas con magistral equilibrio, muestran diferentes escenas de paz y de guerra: una pacífica plaza con palomas, ancianos y algún monumento convive con el trasfondo de las nuevas tecnologías bélicas y el horror atómico. El sujeto, conmovido por el dolor humano, desconcertado ante el caos que reina en el mundo, indignado por la subversión de valores, afectado por la muerte y la destrucción, entona su denuncia con imágenes

descarnadas y eleva su «clamor» para volver en la última estancia a la serenidad de la plaza, símbolo de una esperanza irrenunciable para Jorge Guillén. «El engaño a los ojos» (1993b: 162), a su vez, nos muestra al poeta satírico y político que, en este caso, descubre a la nueva juventud (la de su país, o la de cualquier país) coreando triunfalmente y reverenciando al tirano, imagen de la dictadura: «Sin salida a ningún futuro: / Ni a ese que van anhelando / Los que, por fin, desfilan, jóvenes, / Magníficos, frente al tirano».

...*Que van a dar en la mar*, segundo libro de *Clamor*, aporta la voz más personal y autobiográfica del conjunto. Se aprecia un reflejo íntimo de la propia vida del autor, particularmente por el espacio dedicado al episodio amoroso, de manera que este «clamor» ante el mundo se traduce en una expresiva elegía del tiempo y de la edad. La alusión a Jorge Manrique, explicitada en el título del libro, es mucho más que una mera referencia literaria. Guillén nos recuerda el signo de una ley incontrovertible: el hombre está condenado a morir, y su vida no es sino un constante fluir de ese río que inevitablemente le habrá de conducir a la mar. La cuarta parte del libro, «*In memoriam*», está dedicada a la amada muerta, en una sucesión de composiciones que reviven los momentos más felices, ahora desde la soledad –dolorosa, pero digna– del poeta. La evocación de un tiempo común se abre con un tren trepidando en la soledad que le va a servir, en el poema titulado «Hacia» (1993b: 268), para fijar la presencia de la amada. El tren, al comienzo, exhibe su lección de fluidez vital. Ciudad –París– y tren recrean un ambiente concreto vinculado al inicio de una vida en común y reconstruido retrospectivamente en la distancia. El poeta rememora a su musa, su hazaña, su sempiterna realidad.

Destaca en el libro también la relación del sujeto con el vivir contemporáneo. En ...*Que van a dar en la mar* se mantienen las constantes temáticas y retóricas de *Maremágnum*, aunque desde la misma premisa se pueda observar la diferencia en el enfoque. *Maremágnum* se centra básicamente en la expresión de una situación histórica, mientras ...*Que van a dar en la mar* profundiza subjetivamente en algunos motivos metafísicos reiterados en la obra de Guillén, pero que ahora se agudizan: la muerte y el tiempo pasajero, la vejez y la juventud, la enfermedad y el amor, la memoria... vistos desde la perspectiva del acontecer personal del poeta.

La quinta sección, de las siete de que está compuesto ...*Que van a dar en la mar*, es la que más se aproxima a la exigencia del poeta como cronista del mundo actual. Aunque muchos de los textos siguen vinculados a la reflexión sobre la vida, la muerte y el tiempo, en este apartado entran de lleno los temas que más preocupan al poeta como habitante del mundo. En estas páginas

también hallaremos inquietudes propias del hombre contemporáneo, tan alejadas del poeta medieval que sirve de emblema a este libro, tan distantes de los mundos de Jorge Manrique, ya que la gran diferencia que existe entre los dos poetas, en su análisis de la existencia como transcurso perezoso, reside en su perspectiva.

«Del trascurso» (1993b: 219) es un soneto que se encuadra plenamente en las líneas maestras que dan fuerza a este libro («elegías sobre la memoria, el pasado, el recuerdo, la vejez, la muerte, el paso del tiempo»), según comunicó Guillén a Claude Couffon, y que naturalmente tiene una clara relación con «Muerte a lo lejos», del que parece una continuación. Sin embargo, aunque el poeta mantiene la misma actitud que en el soneto de *Cántico*, el paso de los años transforma sus reacciones. Si bien se mantiene la memoria del goce juvenil, el presente se impone y el futuro va haciéndose cada vez más cercano («se me adelgaza delicadamente»). En realidad, lo que contempla es su pasado, su infancia, los recuerdos lejanos que constituyen algo irremediablemente perdido, vivo en esos enigmáticos espejos, como se dice en otro poema que parte del Jorge Manrique que contemplaba los gestos cotidianos: «Aquellas ropas chapadas» (1993b: 220). Guillén entona su particular *ubi sunt* y evoca su infancia y a aquellas personas que la poblaron. Transcurrieron las horas, pero de aquel pasado permanecen recuerdos indelebles que hacen inmortales a los yacientes, con cuyo recuerdo comparte la vida del presente.

En «Mar en brega» (1993b: 348) se atiende al veloz paso de los años, y en «Fin y Principio» (1993b: 357) se recrea la fiesta de la noche de fin de año, en la neoyorquina Times Square. El ruido, el barullo y los canturreos propios de *Maremagnum* se unen a la meditación acerca de la ley severa del tiempo, en la plaza del tiempo y en medio de una fiesta que celebra su imparable fluir. Los supervivientes, bajo la amenaza de la guerra, celebran que la vida continúa. Festejan el fin de un año, pero también el principio de otro.

A la altura de las circunstancias confirmó el espíritu general de *Clamor* como síntesis de los planteamientos realizados en los dos primeros libros. En efecto, con este tercero se cierra el ciclo compacto de su protesta contra el mundo y contra los enemigos de nuestro vivir contemporáneo. Se clausura este tiempo de historia ofreciéndonos la imagen de un «yo» agitado por el desorden y por el caos, sobreviviendo al paso del tiempo, pero también siendo protagonista y víctima de su momento. Tiempo, mundo e historia del animal humano alcanzan en este libro la expresión comprometida de un poeta que ha sufrido directamente esa historia y que ha descubierto, por su propia experiencia, que dicha historia está sujeta a los designios del hombre, dominador de este

planeta que ejerce su poder con error constante. Y, por encima de todo, se reivindica la dignidad individual y colectiva. Incluso los poemas más desolados siempre tendrán, en algún momento de su discurrir, un destello de esperanza gracias a la mirada serena de este Guillén crítico, pero conciliador; satírico, pero esperanzado; incisivo, pero inmerso en la realidad de una vida que continúa.

Nos hallamos ante un libro de compromiso, tal como insinúa su mismo título, inspirado por el Antonio Machado de *Juan de Mairena*. Más vale estar a la altura de las circunstancias que «escurrir el bulto» y permanecer en la ignorancia. «Es más difícil estar a la altura de las circunstancias que *au desus de la mêlée*» es la frase de Antonio Machado que Guillén (1993b: 382) toma como divisa en este libro. Ahora el autor se enfrenta al afán de superación humana ante la adversidad patente, como indicó Guillén cuando explicaba el sentido de esta tercera entrega de *Clamor*:

Hay que estar *a la altura de las circunstancias*. No es posible abandonarse al apocalipsis, a una final anulación. La vida, la continuidad de la vida tienen que afirmarse a través de todas estas experiencias y dificultades. Por eso, aquí en este libro se presenta más bien la condición general del hombre, porque la realización del hombre es la meta a la que todos nuestros esfuerzos deben tender. Nosotros no somos más que una tentativa hacia una plenitud propiamente humana (en Couffon, 1963: 27).

Es muy interesante detenerse en la alternancia entre poemas «clamorosos» y poemas optimistas, dentro de la capacidad guilleniana para organizar un libro poético y situar en él las composiciones que lo integran. Lo cierto es que esta actitud de síntesis aleja al poeta definitivamente del acrisolado universo de *Cántico*, aunque siempre quedarán reminiscencias de esas visiones virginales. Contiene esta tercera parte de *Clamor* un nuevo enfrentamiento entre la vida misma del propio poeta y el mundo que le ha tocado vivir, ya que es mucha la importancia que en este libro adquiere la historia personal del poeta: su propia autobiografía y las experiencias negativas que ha conocido en su devenir.

Lo primero que se distinguió de la obra fueron su anhelo de esperanza y su lección vital. No obstante, al lado de esta versión optimista, este tercer «tiempo de historia» presenta, como los dos anteriores, aspectos ingratos que la voz enunciativa descubre y denuncia. Uno de los poemas iniciales del libro, «Vida-esperanza» (1993b: 385), metafORIZA el citado enfoque optimista. Al comienzo del día, cuando el protagonista despierta, se enfrenta a un tiempo

nuevo en el que solo dispone de los instantes y del aire que respira. Se trata de una referencia al tiempo y también a algo tan guilleniano como el aire: ese aire luminoso que figura en el título del poema. Sigue a este otro despertar, el «Despertar español» (1993b: 386-390), poema político, elegía por la patria, lamentación ante la despótica situación del presente, recreación del blanco muro de España evocado por García Lorca, examen de conciencia, búsqueda de la culpa, pero también denuncia de una historia de errores y aficciones, tierras yermas, ruinas y fábulas, noches y auroras: «¿Península? No basta geografía. / Queremos un paisaje con historia».

La elegía también irrumpe en el último libro de *Clamor: «Ars vivendi»* (1993b: 510) va precedido por un verso de Quevedo —«Presentes sucesiones de difunto»—, y no es otra cosa que un diálogo apasionado con el gran poeta del Siglo de Oro, y en concreto con el aviso de su soneto «“¡Ah de la vida!”... ¿Nadie me responde?» (Díez de Revenga, 2009: 59). A las «presentes sucesiones de difunto», Guillén opone «mis sucesiones de viviente»; al «soy un fue y un será y un es cansado», «mi afán del día no se desalienta»; al «hoy se está yendo sin parar un punto», «pero mortalidad no es el instante». Y también la imagen del tiempo se invierte. Frente a «las horas mi locura las esconde», Guillén escribe: «Y no con el reloj, su marcha lenta / —Nunca es la mía— bajo el cielo raso». Disiente el autor contemporáneo de la sumisión ascética del poeta áureo y proclama, por encima de todo, su afán de vivir sin desaliento. Y con el tiempo también aparece la historia, recogida en «Gatos de Roma» (1993b: 511), una secuencia irónica que desmitifica la Historia con mayúscula. En esta visión de la Ciudad Eterna, el sujeto juega con una actitud de indiferencia ante la grandeza del pasado: el tema clásico de los *superbi colli* se reduce aquí a los restos de una columna ante la que un gato «se atusa con la pata relamida».

Y no podía faltar la imagen de nuestro mundo retratada en los párrafos prosísticos de «Cabo de Buena Esperanza» (1993b: 522), en los que se hacen presentes los obstáculos, al tiempo que se reivindica la fe en el futuro. La última interrogación —«¿Qué futuro?»— es mucho más que una duda. Supone una afirmación del encanto de la ignorancia, pero situada en el marco de los planteamientos éticos que dan sentido a todo el poema: esperanza, destino, futuro...

En el contexto de la obra guilleniana, *Homenaje* (1967) constituye una excepción, ya que, por más que se integre, según el poeta quería, como tercera parte de *Aire nuestro*, en el conjunto total de la obra resulta un libro diferente. La crítica especializada que se aproximó a este *Homenaje* a raíz de su aparición no dudó en valorar precisamente el libro por su carácter insólito en la

literatura española. Estamos ante una gran glosa de los libros y de la amistad que, por esa misma razón, se erige en una producción singular, expresiva de una reflexión literaria y cultural muy personal.

Homenaje, que cierra como tercera parte el conjunto de la obra de poeta —la cual en ese mismo 1967 recibe el título general de *Aire nuestro*—, viene a ser una especie de institucionalización de la poesía de circunstancias, ya que son los nombres, las lecturas, las traducciones y todo lo que rodea al poeta-lector la sustancia que da forma a la colección. Aun así, destacan otros elementos fundamentales en el libro, como la notable presencia del amor y una revitalización de la intimidad que proporcionan al volumen un tono misceláneo y múltiple, alejado del modelo escrupuloso de colección ya consagrado en *Cántico*. El autor, a partir de la poesía y la cultura adquirida a través de los libros, realiza un canto a la amistad en el que se incorporan también aspectos de la vida diaria, lo menudo y lo cotidiano.

En la línea de toda la poesía anterior, *Homenaje* muestra signos de relación e incluso de unidad con los dos libros previos, sobre todo en lo que se refiere a la reflexión moral, al análisis de la vida y del tiempo, a las consideraciones sobre la sociedad y la convivencia. No faltan las preocupaciones metafísicas, como tampoco la actitud crítica del poeta frente a nuestro mundo, aunque, desde luego, en menor medida que en otras entregas: quizá, sencillamente, porque en la ordenación de la obra guilleniana *Homenaje* debía ser un libro entusiasta ante los más queridos seres de la existencia del poeta: las lecturas, los amigos y, en el «centro», el gran episodio del amor, colofón definitivo del carácter positivo de este libro, contemporáneo a toda la serie de *Clamor*, ya que fue redactado entre 1949 y 1966.

Pero en una obra de Jorge Guillén no puede dejar de haber preocupaciones humanas. Es imposible que nuestro mundo esté ausente de una poesía que, por muy ordenada y bien distribuida que se nos ofrezca, permanece atenta a los latidos de la vida. Guillén, los libros y los amigos, pero también Guillén presente en nuestro mundo. Por ello, ya algunos críticos perspicaces advirtieron, en el amplio friso literario que constituye *Homenaje*, rasgos comunes a toda la obra del poeta. Y, del mismo modo que en los libros anteriores, idéntica ideología preside las reflexiones de *Homenaje*. Se advierte un humanismo liberal, comprometido con la convivencia y con la libertad, pero también con la reflexión satírica y la denuncia de los enemigos del hombre: los «malignos» que con su actitud, de palabra o de obra, atentan contra los principios de la libertad y la coexistencia pacífica.

Un nuevo libro, con el título sorprendente –a la manera anglosajona, nos dice el poeta– de *Y otros poemas* aparece en 1973. En él se recuperan modos ya conocidos y se acentúa la dedicación a la poesía ética y satírica, con un avance en el examen sereno de la sociedad contemporánea. Si *Cántico* se había distinguido por su visión estética y esencial del mundo, los libros de *Clamor* habían alcanzado una dimensión social y existencial, y la lírica de circunstancias de *Homenaje* había dado comienzo a una trayectoria de poesía moral, con *Y otros poemas* esta última veta alcanza una activación enriquecedora, que incorpora la nueva perspectiva de la edad.

Cuando aparece *Y otros poemas* tiene Guillén ya ochenta años, que ha cumplido al comenzar ese 1973. El poeta realiza entonces una penúltima confesión, aunque el nuevo volumen no sea, en sentido estricto, un libro de memorias. Sin embargo, sí hay en él mucho de *memoria*, de recuerdo subjetivado en la perspectiva de lo crítico y aun de lo satírico. El autor amplía desde esta nueva perspectiva su obra y registra en ella, cada vez con mayor fecundidad, los impulsos vitales que han ido forjando su dilatada existencia, por lo que puede afirmarse que este y su último libro, *Final*, culminan el proyecto en el que lo humano, lo más intensa y entrañablemente humano, se ha ido abriendo paso hacia una trayectoria de renovados objetivos. Este proyecto tendrá una continuación en el definitivo *Final*, que desarrolla un mundo de reflexión, próximo al desenlace definitivo, en el que las inquietudes morales ahora iniciadas alcanzan dimensiones sobrecogedoras. Habría que ir a la más vital poesía metafísica de nuestro Siglo de Oro para encontrar parangón con el que comparar esta poesía «final» de Jorge Guillén.

Refleja el libro de 1973 ante todo la existencia del ser humano en el mundo contra el que el poeta viene rebelándose desde los años de *Maremagnum*, aunque ahora el punto de vista sea mucho más afiladamente irónico, si bien tampoco está ausente la nota de desánimo, resignación o cólera que supera al «clamor». La venturosa senectud de Guillén le hace observar nuestro mundo con un escepticismo irónico que le permite menospreciar lo que a otras mentes cándidas pudiera parecerles deslumbrante. Los años del poeta, que le hacen estar de vuelta de muchas cosas, y la residencia en Estados Unidos, un país avanzado y poderosamente industrializado, le ayudan a conocer muy de cerca lo que el mundo moderno puede ofrecerle. Amante de la sana tradición y de los viejos valores, que no por viejos son perecederos o caducos, Italia devuelve a Guillén su entusiasmo ante lo clásico, y con frecuencia aparece en sus páginas, como también los veteranos temas de la naturaleza, las flores, los árboles, el cielo, el mar, los ríos..., aunque siempre destinados a manifestar la lección de

humanismo militante que enriqueció sus años de madurez y senectud. Situado ante nuestra sociedad contemporánea, el poeta censura sus precarios valores, fustiga los intentos –y los logros– de hacerlos desaparecer y satiriza la contumaz incompreensión característica de nuestro tiempo. Nada más auténticamente lírico que la pasión del autor octogenario transcrita a lo largo de sus siempre pulcros versos. Guillén ha trascendido, sin embargo, los límites iniciales y ha ampliado su visión con nuevas perspectivas universalizadoras que hacen de *Aire nuestro y otros poemas* una mucho más completa interpretación de nuestro mundo, con toda una variada serie de enfoques que a lo largo de cincuenta años ha ido creando el poeta al aire –nuestro– de sus impulsos cambiantes.

La realidad es que, a través de las sátiras, ironías y críticas afiladas, el autor aspira de nuevo al mundo ideal, deseable y pleno de gozo. A esta alta moral se subordina el sentido plural de su poesía, que desde *Cántico* ha ido registrando el mundo en cambio y comprometiendo al lector con su mensaje. La cosmovisión guilleniana queda así forjada como una *energía* que ha sido capaz de explorar los variados latidos constitutivos de su vida. Desde el día de 1919 en que ofrecía una visión nueva y optimista de nuestro mundo hasta los años setenta han pasado muchas horas, pero esas horas y sus impulsos le han valido para enaltecer su obra con una intensa e integradora experiencia vital.

A pesar de todo, Guillén mantiene un sensato gusto por lo antiguo, y sus evocaciones de elementos que reflejan el pasado muestran al poeta entusiasta ante un contexto amable y pintoresco. El poema «Una plaza» (1993c: 11) remite a la de San Francisco en Palermo, cuyos detalles definen un mundo estimulante: la iglesia, la plaza, los animales, las frutas del mercado, el sol de Sicilia. Todo es plácido y ameno, cálido y sensual. Claridad en el aire y rumor mesurado combinan con vivos colores (rojo, verde, morado) en los productos hortícolas. Todo es tan seductor como el mismo ambiente. El poema podría pertenecer a *Cántico*. La intemporalidad está garantizada, pues el sol con el que se cierra el poema simboliza la permanencia en todas las edades. No siempre, sin embargo, es ese el talante que adoptan las estampas urbanas en *Y otros poemas*. Así, «Madrugador en ciudad» (1993c: 29) se centra en la simbiosis hombre-calle en una alborada cualquiera. El sentimiento de soledad no se presenta como algo metafísico o agobiante, sino como consecuencia natural del momento del día en el que el madrugador cruza la ciudad.

Los desastres de la guerra ocupan un lugar preferente en el libro. De hecho, en el poema «En la televisión» la guerra se enfrenta a la perniciosa sociedad de consumo que facilita el acceso a la información bélica, pero al mismo tiempo la convierte en reclamo publicitario sin solución de continuidad. La escena

recogida procede de la guerra de Vietnam, y el telespectador se siente agredido cuando entra la muerte en su casa. Sin embargo, la televisión, como medio de difusión de masas, es capaz de pasar sin transición de la escena del crimen al anuncio publicitario posterior:

Televisión. De pronto campo
 Confuso de gentes, un día
 Cualquiera.
 Si es guerra, no hay crimen.
 Se ve a un prisionero. Camina
 Con paso forzado hacia donde
 Se concentra alguna milicia
 Que sin más,
 vivir cotidiano,
 –No hay pompa–, dispara, no avisa.
 La figura del prisionero
 Se doblega, casi caída.
 Inmediatamente un anuncio
 Sigue.
 Mercenarias sonrisas
 Invaden a través de música.
 ¿Y el horror, ante nuestra vista,
 De la muerte?
 Nivel a cero
 Todo. Todo se trivializa.
 Un caos, y no de natura,
 Va sumergiendo nuestras vidas.
 ¿De qué poderío nosotros,
 Inocentes, somos las víctimas? (1993c: 112)

El colofón de este poema, en el que el anciano se rebela contra la muerte en directo y contra la trivialización televisiva, refuerza la constante inquietud del poeta frente a la realidad, la opresión y los desmanes de la guerra. La ideología y el compromiso de Jorge Guillén le empujan a medirse decididamente con el mundo moderno y a salir airoso gracias a su irrenunciable esperanza y a su vitalismo ante el paso del tiempo.

Ya en 1981, en *Final* –cuya edición definitiva, póstuma, data de 1987– será cuando Guillén insista, desde su perspectiva de creador, en la idea del triunfo

de la poesía sobre el implacable devenir temporal. En estos versos el poeta plantea con agudeza el tema general de la vida frente a la muerte desde la convicción de un «final» inminente. Las reflexiones sobre nuestro mundo se han intensificado, y la lucidez de su mirada le lleva a desafiar a los males del mundo y a consagrar su fe en la poesía, en la libertad y en la paz, palabra con la que culminará el libro y toda la poesía guilleniana («Paz, queremos paz»). Es la última lección que cierra la producción de un gran humanista contemporáneo: aquel Jorge Guillén que inició su andadura sesenta y cinco años antes, asombrado por la plenitud del mundo que le rodeaba.

Referencias bibliográficas

- Couffon, Claude. 1963. *Dos encuentros con Jorge Guillén*. París: Institut d'Études Hispaniques.
- Díez de Revenga, Francisco Javier. 1993. *Jorge Guillén: el poeta y nuestro mundo*. Barcelona: Anthropos.
- Díez de Revenga, Francisco Javier. 2009. *Los poetas del 27, clásicos y modernos*. Murcia: Tres Fronteras.
- Guillén, Jorge, 1965. *Selección de poemas*. Madrid: Gredos.
- Guillén, Jorge, 1969. *El argumento de la obra*. Barcelona: Llibres de Sinera/Ocnos.
- Guillén, Jorge. 1993a. *Aire nuestro. Cántico*. Madrid: Anaya & Mario Muchnik. Edición de Francisco J. Díaz de Castro.
- Guillén, Jorge. 1993b. *Aire nuestro. Clamor*. Madrid: Anaya & Mario Muchnik. Edición de Francisco J. Díaz de Castro.
- Guillén, Jorge. 1993c. *Aire nuestro. Y otros poemas*. Madrid: Anaya & Mario Muchnik. Edición de Francisco J. Díaz de Castro.